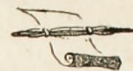




BIBLIOGRÁFICAS



HACIA LA CUMBRE

Por Juan Stefanich. — (Asunción).

Hijo de la cálida república del Paraguay, es el joven autor de este hermoso libro, compuesto por crónicas, bellamente descriptas, del viaje que los estudiantes paraguayos realizaron a Lima, capital Peruana, con motivo del "Congreso de estudiantes sudamericanos". Stefanich es uno de los literatos jóvenes más talentosos de la Asunción. Con un estilo ágil y claro, sin caer en el error de las narraciones largas y monótonas, el artista nos hace vivir la odisea estudiantil, con todos sus peligros y alternativas, en descripciones tan interesantes que basta leer las primeras páginas del libro para que el lector —cual si se tratara de una novela de aventuras— las siga leyendo hasta el final con verdadera avidez.

Los libros de viajes han constituido siempre una de las faces más útiles, más amenas dentro del difícil arte de escribir. Desde los tiempos más antiguos, la historia de los pueblos, de las civilizaciones, ha sido edificada sobre el enorme cimiento de papel en que se aprietan millares de crónicas. Desde los cantos popularizados por boca de los rapsodas homéricos, hasta los romances monótonos de los trovadores medioevales, cantando frente a las panoplias erizadas de armas en los castillos feudales; desde las narraciones obligadas que después de las justas y torneos, ante selecto auditorio de caballeros y damas, hacía el campeón del férreo deporte sobre proezas de otros valientes, o contaban los heraldos, sobre las hazañas del mismo vencedor, hasta los modernos apuntes e impresiones de viaje; desde las páginas escritas por Gautier con sus ingenuas exageraciones de poeta, hasta las amables y risueñas de Gómez Carrillo, — servirán para construir la historia del mañana, como aquellas han servido para la historia del ayer.

Modernamente, casi todos los libros de esta índole, describiendo las bellezas sudamericanas, han sido escritos por viajeros del viejo mundo; unos, sencillamente por mostrar al hombre europeo las riquezas deslumbrantes de paisajes naturales jamás vistos, y otros, no tanto por tal causa, como por explotar un género de literatura amable y productivo.

Pero el libro de viaje del entonces estudiante joven Stefanich, responde al más virtuoso de estos planes, como también al hecho de dejar un recuerdo imperecedero de los primeros abrazos entre los estudiantes de todos los puntos de la América latina, que por virtud de una idea y esfuerzo emanados de aquel corazón que latió en el pecho uruguayo de Miranda, cruzaron el continente en todas direcciones, para darse cita, en el caso referido en este libro, en la romántica ciudad de los antiguos Virreyes espléndidos y fastuosos.

Juan Stefanich, al escribir esta obra, se coloca en primera fila dentro del grupo ya considerable de jóvenes prosistas sudamericanos. Sus páginas trascienden al perfume acre y fuerte de los paisajes recios, propios de las tierras tropicales que le dieron aliento y motivo para describirlos.

No es, "Hacia la cumbre", una obra de orgullos ni de reclames. El autor lo dice en forma tan sencilla como gallarda: "Hacia la cumbre" no es título de orgullo o presunción. La figura es vieja. — Una montaña áspera, las faldas accidentadas, el camino incierto. Y allá en la cima, el ideal. Una caravana de animosos en marcha, a la conquista de la flor. Nada más. No es reto que lanza un orgulloso, no es un desafío de quien siente la seguridad del triunfo. Marchando hacia la cumbre se puede tener la seguridad de no llegar nunca... y seguir marchando".

Por eso vale altamente este libro. Porque sus páginas varoniles y brillantes, han sido amasadas con barro de recuerdos y levadura de ideal.

Destilan humanidad, y destilan cariño, estos capítulos que comienzan acariciándonos el rostro con el aliento cálido de las olorosas selvas guaraníes y concluyen rozándonos la frente con el aliento helado que expiran las gargantas de nacer de "Los Andes".

"VISLUMBRES"

Por A. Méndez Bravo. — (Chile).

De tradicionalista podría calificarse la tendencia del

autor de este libro. Méndez Bravo es un poeta que conserva las características de los románticos que florecieron mediado el siglo XIX. Sus motivos, sus cantos, presentan un fondo de seriedad y dolor amoroso que nos recuerda a ciertos españoles leídos en nuestros primeros tiempos de entusiasmos líricos. Encuadrado dentro de los cánones retóricos que presidieron el gusto de épocas pasadas, sus estrofas carecen de la nueva frescura, y con más razón, de esa alegre y gallarda libertad que caracteriza a muchos de los poetas jóvenes del momento actual. Por ello, la lectura de las primeras composiciones de "Vislumbres", no nos seduce, habituados como estamos, a gustar la literatura de nuestros días; pero luego de identificarnos con el espíritu del escritor reconocemos que dentro de su marchita modalidad, Méndez Bravo ha escrito poesías de elevado mérito. Tienen ellas emoción y franqueza; luego, algo que debe ser primordial en un poeta: la inspiración.

"Vislumbres", es el primer libro de Méndez Bravo, ese primer libro que muchos dejamos sin publicar; pero él ama sus primeros versos con amor de padre, y sin aspiraciones a éxitos literarios, lo dá a la publicidad obedeciendo a íntimas inclinaciones.

Por eso, porque sabemos que esta obra, siendo buena como es, está lejos de poseer un carácter definitivo, y que su autor, en composiciones recientes ha evolucionado gradualmente hacia una concepción moderna y amplia, sin perder su serenidad, somos augures de que en libros futuros, hemos de aplaudir con más calor aún al poeta elevado y fuerte que ya se asoma con limpios caracteres y peculiar dominio del verso en su obra inicial.

"EL CUENTO DE PEDRO CORAZON"

Por Francisco Alejandro Lanza. — Montevideo.

Si es agradable poder decir: contamos con un poeta más; lo es, mayormente aún —al menos para mí— poder decir esa frase anteponiéndole el calificativo "buen". Aunque el prologuista de este libro no lo dijera, me habría bastado abrirlo y leer seis u ocho de sus composiciones para convencerme de ello y hasta para clasificarlo entre las distintas tendencias o escuelas literarias conocidas.

Esta obra es hija de un espíritu claro, romántico y pesimista en el sentir, con resabios de un neo-elasicismo en sus decires. Esta última modalidad, o vestigio de ella, si se quiere, se observa mejor en la prosa del poeta que en los versos.

Los suspiros y las quejas, cuando forman mayoría en un libro de poesías, desentonan, porque por lo general son ficción pura. Luego, es mucho más fácil y eficaz para impresionar a la masa del público, llorar que reír en verso; pero existen casos —y este es uno de ellos— en que la "tristeza" y la "amargura son de verdad", son espontáneas y sentidas; pues las vive el poeta, y si las vive, nada más natural que las cante, ya que nació con el don de cantar.

Porque así es; la nota de la desventura se oye en este libro en casi todos sus versos, pasa por las cuerdas de esta lira flamante como único ritornelo que vuelve, se va muchas veces pero nunca del todo, como un pájaro prisionero en un jardín que se posara en varios árboles para volver a cantar siempre sobre la misma rama.

Francisco Alejandro Lanza, posee a la vez de ese espíritu romántico, una buena porción de aticismo en su alma. Su gesto siempre es moderado; su angustia no se pone nunca una carátula de tragedia. Hasta en virtud de esta templanza y moderación, sus versos de ritmo dulce y música fácil no pueden considerarse de principiante, porque el poeta ha tenido hasta el tino de publicarlos en una edad en que se tiene conciencia de lo que se hace; pasados los veinte años, que cuando son amorosamente tristes, son, por lo regular, difíciles. Por eso, si bien ellos no pueden aspirar a ser definitivos ni consagratorios, no poseen, tampoco, los sonidos estridentes, las notas malsonantes que hieren nuestros oídos casi siempre que abrimos las páginas de un autor novel.

Y como sabemos que Lanza es estudioso y es artista, existen razones para esperar de él, sinó más belleza, más personalidad en sus futuras y líricas cosechas.

Sea bienvenido nuestro camarada, el flamante poeta montevideano.

Fernán Silva Valdés.